

LA HISTORIA DE MENDOZA CONTADA POR LOS ANDES

Mendoza, una ciudad que se volvió a erigir sobre sus ruinas luego del terremoto de 1861, empezó a crecer y a modernizarse en 1880. Sin embargo se mantenían algunos aguateros, las calles de tierra y la iluminación con velas de sebo.

De la aldea a la ciudad

Mendoza en 1882, cuando se fundó Los Andes, era una ciudad nueva que había surgido de las ruinas que dejó el terremoto de 1861.

La tenacidad de sus habitantes permitió que se fueran cerrando rápidamente las cicatrices de ese desastre que provocó la muerte de casi la mitad de la población.

Se cerró la puerta del pasado y se empezó a mirar hacia el futuro, a concebir una nueva Mendoza, más acorde con las grandes ciudades como Buenos Aires.

Era mucho sin embargo lo que había que hacer. En 1882, aún subsistía el viejo oficio del aguatero, frente a un sistema de agua corriente caro y no muy eficiente.

Antiguamente el agua era transportada en toneles. Sin embargo, un sistema de agua corriente que gradualmente se fue perfeccionando desde 1876, cuando se instaló el primer ramal, fue desplazando a los aguateros.

Aquel año se había instalado el primer tramo que trasladaba el líquido elemento desde El Challo hasta un depósito de almacenaje y desde ahí a la esquina de Unión y San Nicolás (hoy Sarmiento y San Martín).

Desde ese punto partía una cañería de distribución a diferentes puntos de la ciudad, a través de caños de barro cocido.

El agua era, sin embargo, escasa y las raíces de los árboles obstruían a menudo los conductos, provocando frecuentes interrupciones del servicio.

Estos inconvenientes permitieron a los aguateros subsistir algunos años más al avance inexorable

del progreso. Pero 1882 sería el comienzo de la condena a muerte de los aguateros. Se recurrió a las cañerías de hierro fundido y de hierro galvanizado, con lo que se logró un razonable aprovisionamiento del agua.

Subsistía por esos años el sistema de iluminación con velas de sebo -excepto algunos faroles a querosén que eran el sistema más avanzado de esos años. Aún estaba lejos en el futuro la iluminación a gas.

El empedrado era en buena medida un proyecto: las calles eran de tierra, en el mejor de los casos, ya que a menudo se formaban pantanos que obstruían la circulación de los carros y de los jinetes aun en pleno centro.

La llegada del tren, en algunos años más, serviría de estímulo para acelerar el crecimiento.

El emplazamiento de la estación obligaría a abrir nuevas calles. Para ello, en 1884 se expropiaron tierras, y se abrió la



Con sus calles de tierra y un precario sistema de iluminación, Mendoza pugnaba en 1880 por abandonar la imagen de aldea.



El transporte del vino y del agua en aquellos años era engorroso y encarecía notablemente el precio del producto.

avenida Godoy Cruz, la calle General Paz y, en parte, la avenida Las Heras. Además, todas las calles transversales se extendieron hasta Godoy Cruz.

A la vez, se trabajaba en la construcción de un lago en la plaza Independen-

cia que era abastecido con agua de El Jarriall.

En estos años se acentuaba el desplazamiento hacia el Oeste de la ciudad capital. Los mendocinos se quejaban de que había dos ciudades, la del Este, poco me-

nos que abandonada, y la del Oeste a la que se dedicaban todos los esfuerzos. "Todos los vecinos pagamos impuestos, pero las autoridades los vuelcan al oeste de la calle San Nicolás (hoy San Martín)", decían.

Los impulsos de modernización en la Mendoza de 1880 fueron cambiando su fisonomía, un proceso que luego aceleró la llegada del tren.

CRÓNICAS DE LA ÉPOCA

de costear una bandera que sirva de estandarte a dicho cuerpo.

Aplaudimos la idea.

Paseo Alameda—Bueno sería que nuestro activo Presidente de la Municipalidad, señor Lagomaggiore, ordenase se vuelva a cubrir con ripio el pavimento de este hermoso paseo que ya ha desaparecido casi por completo, pues, es de suma necesidad esta medida, tanto por la buena vista que presenta como por la comodidad que presta en días de lluvia evitando como es consiguiente el barro que hace intransitable dicha avenida.

El Dr. José V. Zapata—

Este digno e inteligente abogado hijo de la Provincia, ha sido nombrado interinamente miembro de la Cámara de Justicia.

La Alameda, olvidada en 1883

La atención del paseo de la Alameda, desde siempre, ha oscilado según el criterio de los gobiernos de turno.

Pero desde que el centro de la ciudad se fue desplazando hacia el oeste y hacia el sur, el trato que se le dio no siempre fue venturoso. A lo sumo, hubo bien intencionados gobiernos que intentaron, cada tanto, darle nuevo impulso con discutibles resultados.

En 1883, eran constantes los reclamos, como lo muestra esta publicación de Los Andes, en la que se denunciaba que este paseo "ya ha desaparecido casi por completo" a causa del descuido municipal.

"Casta desnudez" en el Tajamar

El Tajamar, que en aquella época corría descubierto, en 1880 recibió una cubierta de madera entre la calle Loreto (actual Lavalle) y la que hoy es Godoy Cruz.

La intención era modernizar la ciudad y quitarle la fisonomía agreste. Especialmente en este sector donde se concentraba el sector comercial más importante.

Sin embargo, los maderos de esta cubierta se fueron arqueando con el paso del tiempo y por la humedad, y terminaron siendo un obstáculo serio para los transeúntes. Las aguas del Tajamar siguieron discurrendo a cielo abierto en la Alameda, lo que permitió que subsistiera una costumbre de los habitantes más humildes de la ciu-

dad. Siguiendo una antigua tradición aborigen, se bañaban sin ropas, en una actitud de "casta desnudez", como se explicaba en las crónicas de la época, lo que no impedía el asombro de los visitantes extranjeros que llegan a nuestra provincia, que interpretaron erróneamente estas costumbres.

Los Andes (16 de diciembre de 1884), lamentaba ciertas informaciones erróneas que se difundieron en México. Un matutino de ese país decía en sus páginas que en algunas provincias del centro y del oeste de la Argentina se ha observado "costumbres reñidas con la moralidad y el pudor y que, sin embargo, sus habitantes, que viven como patriarcas, las encuentran muy buenas y edificantes".

A renglón seguido, el diario mexicano aseguraba que aquí "las mujeres y los hombres se bañaban conjuntamente en los ríos y canales de irrigación, hasta en lugares concurridos, lo que ocasiona verdaderos escándalos que el extranjero mira con repugnancia". Enumeraba a continuación algunas otras supuestas costumbres como que "no es extraño ver hacer cama común a los miembros de una familia, sin distinción de sexo".

Los Andes, ante este artículo periodístico, señalaba que "no sabemos quién pueda ser el autor de semejantes disparates" y destacaba que "la buena sociedad de la República es tan educada como la europea, que lo es tanto, a su vez, como la de México".

Mendigos, sólo miércoles y sábados

En ciertos aspectos, Mendoza en 1882 era una ciudad ordenada y le daba mucha importancia a detalles que hoy resultan inauditos.

Así es como por esos años hasta la tarea de los mendigos estaba regulada por las autoridades.

De acuerdo con una disposición de 1883, sólo se permitía a los mendigos circular por las calles céntricas los días miércoles y sábados. El resto de la semana, especialmente los domingos, debían permanecer alejados y no perturbar a los vecinos de mayor poder adquisitivo que de-

cidían transitar por la ciudad.

En su afán por modernizarse, así como el gobierno de esa época tapaba el Tajamar, también pretendía ocultar la realidad que representaban aquellos mendocinos que, sin recursos, se veían obligados a vivir de la caridad pública.

Una caridad estrictamente regulada, a partir de esta disposición: limosna miércoles y sábados y subsistir como fuera posible el resto de la semana.

Es por eso que estos días los "mendigos harapientos", como despectivamente se los mencionaba, desplegaban

una intensa actividad para obtener en tan breve lapso lo que antes conseguían a lo largo de una semana entera de tesonera labor.

Los miércoles y sábados, presurosos mendicantes se dedicaban, no sólo a pedir limosna en las calles sino que, usando su bastón a modo de llamador, golpeaban cuanta puerta encontraban en su camino, esperando un mendrugo de pan.

Quien infringía la ley, sabía lo que le esperaba: hacinados calabozos a los que eran conducidos a golpes de machete por los inflexibles policías.